

LA ALBORADA  
SEMANARIO  
DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 19 de Junio de 1873

Núm. 36.

SUMARIO.

La manzana de oro, por la señorita Adriana Buendia.—A la señora Juana Manuela Gorriti, poesia, por Manuel Adolfo Garcia.—Dos partidos á los dados, por Pastor Diaz.—Una lagrima, poesia, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—El amor, traducción, por Constantino Carrasco.—Una cita, poesia, por Aben Xoar.—La desaseada, por Ruy Blas.—Mosaico, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.

LA MANZANA DE ORO.

I.

**S**ELGAS, el inimitable cantor de la naturaleza, escribió no ha muchos años un libro titulado "La manzana de oro."

¡Cuánta belleza encierran esas páginas sublimes, en que el poeta ha pintado con sorprendentes colores las escenas del Paraíso!

Allí se vé una multitud de cuadros cuyos relieves circundados de luz por la brillante fantasia de su autor, ofrecen á la persona que los contempla no solo el realce de sus contornos, sino el contraste de la sombra misteriosa que ellos proyectan sobre su fondo.

"La manzana de oro:" era indispensable que Selgas escribiera ese libro; porque ¿quién si no él habia de dar á sus capítulos el encanto original en que abundan?

Empero yo voy á escribir otra manzana, que aunque no llegará por cierto, líbreme Dios de pensarlo, á tener el valor de la de Selgas, manzana de oro será, y bien maciza y bien dura, aunque le pese á cualquiera.

II.

Proverbial ha sido en todos los tiempos la abundancia de tesoros con que la naturaleza quiso enriquecer esta bella region del nuevo mundo.

Las noticias que tenemos, desde la inauguracion del imperio de Manco, hasta los tiempos de la dominacion española; los datos que ofrece la crónica de los vireyes que gobernaron despues del Marques de los Atabillos, y por fin la realidad que aún se palpa en estos dias que llamamos de miseria, confirman de una manera elocuente la incomparable riqueza de este suelo peruano, de donde el oro se ha exportado al extranjero en abundantes toneladas.

Una tarde del mes de Mayo de 1740, tenia lugar un espléndido banquete, en casa de un personaje de la aristocracia limeña, donde el lujo, el esplendor y la molicie habian reinado siempre, desde los primeros tiempos del coloniaje.

Veinticinco personajes de elevada gerarquía, jóvenes todos y solteros, rodeaban aquella mesa cubierta de succulentos manjares, donde el aroma exquisito de los vinos se exhalaba en abundancia, y las flores se marchitaban al calor de innumerables bujías.

Desde la indispensable caldosa sopa, has-

ta las pavos rellenos y brazuelo de cochino, todo se sirvió en el banquete con la profusion y decencia que es facil imaginar, tratándose de una casa de nobles capitalistas. Largos tragos de Valdepeñas se apuraron tambien, como dicen, por bajo de ála; y parece que mas de un Señor perdió la cabeza, antes de anochecer.

Llegó por fin, el momento de los postres, y entonces se presentó un fámulo de pechera encarrujada y come-pavo á la Luis XV, con un gran azafate de filigrana en el que habia veinticinco platitos de cristal, cubierto cada uno por ingeniosas flores de brisado á manera de una tapa. Cada convidado tomó el suyo, mas ó menos sorprendido por semejante novedad, sin llevar orden ni cuenta, y en seguida el Señor de la casa dijo de esta manera:

—Señores, vamos á tomar los postres que consistirán tan solo en una simple manzana. Al que le toque la mejor, le daré como premio de la suerte todos los bienes que poseo, con la única condicion de que se case con un ahijada que tengo, á quien reputo por hija.

—Y la ahijada donde está? dijeron todos á una voz, con cada ojo mas abierto que una ventana teatina.

—No está en casa, respondió el buen Señor; pero si aceptais el compromiso vendrá cuando todo esté arreglado.

—Aceptado, respondieron en coro los convidados, y como descarga cerrada, todos alzaron á un mismo tiempo las tapas que cubrian sus respectivos platos, esperando ver



cual de todas sería la mejor manzana.

Desde luego, cada uno habría querido decir que la suya; y aunque así no lo sintiera, defenderla, por lo menos en el terreno de la discusión, ya que no armado de un florete, en el campo del honor; cuando derrepente una voz se levanta dentro de todos y dice trémula de gozo; *La mía es de oro!* . . .

Todos llevaron la vista al plato de D. Ventura de la Huera, y vieron que, en efecto, la manzana que le había tocado en suerte era de oro, duro y macizo como una piedra, teniendo además muchos diamantes en sus dos extremos, y un letrero habilmente gravado que decía: "*este es el novio.*"

El banquete terminó con un brindis de felicitación al agraciado, y todos los convidados, menos él, se retiraron satisfechos, aunque un tanto quejosos de su mala suerte, y no menos envidiosos de la dicha que á D. Ventura le sonreía, pues emparentar con el dueño de esa casa, dicen que no era para hacerle gestos.

## III.

Ya el lector podrá calcular lo que el Señor padrino hablaría á solas con su presunto ahijado, después de las ceremonias del banquete. Todo quedó allí arreglado, y al día siguiente se extendían por ante un escribano las escrituras de donación á favor de Don Ventura; al mismo tiempo que se organizaba en la curia el expediente de su matrimonio con Rubustiana, que así se llamaba la novia que le había deparado el cielo, y á quien debía conocer después de ser su marido.

En efecto, el matrimonio se verificó, pocos días después en el valle de Lurigancho, mediante el poder especial que remitió Don Ventura á un pariente de la desposada para que lo representase.

No faltaba, pues, más á tan envidiable suerte que tener en casa á Robustiana; y al siguiente día que tuvieron lugar las bendiciones, se preparó la calesa y salió un centenar de pajes á dar alcance á la novia.

Llegó la calesa á la puerta de la casa, y Don Ventura se apresuró á recibir en brazos á su costilla; abre la portezuela del carruaje, y . . . ¡horrible decepción!—cae desmayado al verla!

La que adentro venía era una negra de Angola que parecía un jamen. Su amo, que en verdad era á la vez su padrino, había querido hacerla feliz y cederle su fortuna, pues no tenía herederos y estaba con el pie cerca del hoyo.

## IV.

D. Ventura de la Huera, cuya *ventura* envidiada de todos, hasta ese instante, le había salido tan *huera* como su nombre, quiso dar fin á sus días entre las ondas del Rímac; pero sus amigos se lo impidieron, no sin aconsejarle que se llamase á engañado.

Pero todo dicen que fué envalde, porque se quedó casado con su pedazo de azabache que él creyó, por lo menos, un diamante.

¡Valgame Dios, lo que puede una manzana de oro!

ADRIANA BUENDIA.

Lima 1875.

## A LA SEÑORA

DA, JUANA MANUELA GORRITI.

AUSENTE EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

Benevolente y cortés,  
Señora mía, aceptad  
El que desde aquí os envía,  
Para que os bese los piés,  
Saludo, no de amistad,  
Mas de amor y simpatía,  
Este vuestro  
Cortesano admirador,  
Aprendiz, que no maestro,  
Del arte del trovador.

Este, digo,  
Caro amigo  
Por mas señas  
De las musas zahareñas;  
Este, célebre señora,  
Que si ahora  
Hasta vos su lira exalta  
En un rapto de su amor,  
Sabe bien cuánto le falta  
Para ser vuestro cantor.

Sabed que no solo están,  
Señora, por vos aquí  
Llorosas damas muy bellas,  
Sino que al dolor se dan,  
Dolor que yo nunca ví,  
Muchos varones con ellas.

Vuestra ausencia  
Causa, señora, este mal,  
Que á lo de gran trascendencia  
Añade el ser general  
No hé, señora,  
Ni breve hora  
Yo gozado  
Nuestro trato regalado,  
De dulce embeleso fuente  
Somriente.

No os he visto y os extraño;  
Vuestra ausencia temporal  
Me parece, no os engaño,  
Un eterno funeral.

Para no sentir, señora,  
Vuestra ausencia de este suelo,  
Que tanto respeto á vos  
Y tanto amor atesora,  
Tener una alma de hielo  
Preciso fuera, por Dios!

Nunca helado  
Fué el peruano corazon;  
En él se halla aposentado  
El calor de la pasión.

Este mío,  
Yo le fío,  
Es peruano,  
De lo que estámas ufano  
Que si fuera duque ó par  
Rey ó czar:  
Peruano, porque lo quiso  
Dios, que envía á esta mansion  
La luz de su paraíso,  
La flor de su bendición.

¿Dónde, dónde, oigo decir  
Con voz de triste lamento,  
Dónde aquella que solía  
Nuestras horas divertir  
Con su bello pensamiento,  
Con su gentil fantasía?

¿Dónde es ida  
La que á nosotros ayer  
Era copa apetecida  
Del mas sabroso placer?

Sus romances  
De mil lances,  
Tan amenos,  
¡Oh cuánto nos eran buenos!  
¡Cuánto nos placian ellos  
Por lo bellos!  
¿Dónde está? lo repetimos  
¿Qué la roba á nuestro ver?  
Ah! porqué ya no la oímos?  
Si está ausente, há de volver?

Yo pensando; ¿porqué tarda  
A nosotros en tornar  
La escritora cuya pluma  
Corre tan suelta y gallarda,  
Y en que son tan de admirar  
Caudal y destreza suma?

Y en la frente  
Retratado mi dolor,  
Les contesto en el cadente  
Lenguaje del trovador:

Ya su planta  
Que levanta  
Polvo de oro  
En el suelo á que es decoro,  
La sustenta placentera  
La ribera

Que ornamenta rico el Plata.  
Está ausente por rigor  
De la suerte que arrebató  
De nosotros lo mejor.

Por fortuna, no su ausencia  
Dilatada á largos plazos  
Mucho tiempo durará,  
A curar nuestra dolencia  
Y al amor de muchos brazos  
Ella pronto volverá:  
Sí, de brazos

Que la esperan con afán  
Que ya, por ser de ella lazos,  
Tiernos suspirando están.

Tal, señora  
Seductora,  
Yo les digo,  
Y así su pena mitigo.  
Confesad aquí la amada,  
Génio ú hada,

Que para serlo tenéis  
Poderoso algún iman,  
O ya que esto lo negueis,  
Un mágico talisman.

No pobre presente humano,  
Mísero don, aunque regio,  
Es, señora, el talisman  
Que poseéis soberano;  
No, sino alto privilegio  
Debido al padre de Adán.

El talento!  
De las ideas crisol,  
El génio! que en su ardimiento  
Pisa la frente del sol;

Que ilumina,  
Que adivina,  
Que recrea  
Con lo que fecundo crea,  
Esto lo da solo Aquel  
Solo él.

Vos de él lo habeis recibido,  
Cual su plumaje el oriol,  
Y cual su esplendor hieido  
Todo celestial farol.

Privilegio es del talento  
Y el génio, muy singular,  
Con cada obra suya, flor,  
Tesoro del pensamiento  
En el que siente exitar



La admiracion y el amor.  
El talento,  
Del órden es el gran rey,  
Y el génio un dios turbulento  
De quien se adora la ley.  
Grandes ellos,  
Nobles, bellos,  
Soberanos,  
Que ya juntos como hermanos  
Van ó solos, sím que acaso  
Ni de paso  
Se hayan llegado á tratar,  
Ambos por divina ley  
Hácense siempre admirar  
Y amar de la humana grey.

Ved porqué sois tan querida,  
Tan altamente estimada,  
Porqué tan grande os alzais,  
Porqué sois tan preferida  
De todos y celebrada;  
Ved, en fin, porqué admirais.

Vuestra frente  
Ciñe un hermoso laurel  
Envidiado de la jente:  
Corona no de oropel.

Vuestro nombre,  
No os asombre,  
Quién lo canta,  
Quién un altar le levanta.  
Mas; oh feliz narradora!  
Oh señora!

Con la prontitud deseada  
Y á vuestra palabra fiel,  
Volved á nuestra morada,  
De la que haceis un verjel.

Volved, sí, que sus querellas  
Unos en el pecho ahogando,  
Y otros sus dulces suspiros,  
Viejos, niños y doncellas.  
Todos se estan preparando  
Ya para bien recibiros.  
Al enjambre  
De los peruanos volved,  
Que tienen de veros hambre  
Y tienen de oiros sed.

Yo á esperaros  
Y abrazaros  
Lisonjero  
Saldré al camino el primero.  
La mi lira llevaré  
Y os diré:

Un sólo instante, Señora,  
La planta en ella poned  
Y resonará canóra.  
Hacedme tanta merced.

MANUEL ADOLFO GARCIA.

Lima, Junio 7 de 1875.

## DOS PARTIDOS A LOS DADOS.

### I.

**M**ATILDE, la jóven y hermosa castellana de un antiguo castillo situado en los confines de Castilla, sobre la frontera de Aragon, iba ya á despojarse de los atavios que la habian engalanado durante el dia, para abandonarse á las dulzuras del sueño, cuando entró de repente en su aposento una de sus dueñas.

—Noble señora, dijo Maria, ¿no habeis oido el grito del centinela? no ois como lo repite?

Matilde inclinó la cabeza para percibir mejor el ruido.—Sí, Maria, sí, es el grito del centinela; pero el grito del buho se oye tambien á lo lejos; grito de funesto presajio. Y al decir esto se aproximó á la ventana ojival de la torre, y levantó con su blanca y delicada mano el pesado tapiz que ocultaba los pálidos rayos de la luna. Abrió Maria la ventana, y las dos mujeres echaron sus vagas miradas sobre los desiertos campos y el solitario camino.

—Ves, dijo Matilde, cuán ajitado zumba el viento, cuán sombría está la noche, y qué negras nubes oscurecen la luna! y levantando la cabeza añadió no sin terror: una tempestad se prepara en el cielo... Enrique está ausente!

—Igual noche hizo, dijo Maria, la víspera del dia en que nuestro esposo mi señor, marchó con sus jentes de guerra á combatir á los infieles.

—Y no volvió nunca! dijo Matilde lanzando un triste suspiro.

Dos fuertes golpes dados en la puerta del cuarto hicieron estremecer á las dos mujeres. Maria ocultó el rostro en sus manos. Matilde se dirigió á la puerta con su acostumbrada dignidad. Abrió la puerta, y se encontró cara á cara con el viejo escudero de su marido, Hernando, que no habia podido encontrar la muerte lidiando donde la halló su desventurado amo. Inclinó el anciano su cabeza encanecida delante de su señora y le dijo con tono doloroso:

—Os traigo, noble castellana, una fatal noticia.

—Hablad, dijo Matilde.—Miróla el anciano con respetuosa compasion.—Mi corazon es firme, Hernando: ¿acaso es esta la primera vez que la desgracia visita el techo de mis padres?

—Ay! respondió Hernando con voz debilitada por el dolor, el señor Enrique ha sido hecho prisionero. Su paje, todo cubierto de sangre, ha podido arrastrarse hasta las puertas del castillo.

—Dónde está? quiero preguntarle...

—Murió despues de haber cumplido su comision.

—Pobre Ansurez! dijo Matilde enjugando sus lágrimas, cuán corta ha sido su vida! Hernando haced que velen su cuerpo, y que el capellan del castillo recite por él las oraciones de los muertos. Yo voy a ocuparme de los medios de sacar á mi hijo Enrique de las manos de los bandidos.

—Piden, señora, demasiado oro, y somos muy pobres.

—No podríamos tomar á préstamo de los señores mis parientes?

—Están poco menos que nosotros; y esos paganos, añadió Hernando dolorosamente, hablando de los ladrones, esos paganos amenazan matar á mi amo, si antes de ocho dias no se les satisface el rescate que piden.

—Qué hacer? preguntó llena de espanto la desconsolada madre... Escuchad, Hernando, tomad todas las joyas de mi madre, todas las mias tambien, y obtened de ellos que dejen la vida á mi pobre hijo hasta

el dia en que yo pueda pagar el rescate que piden.

Las continuas guerras civiles que habian ajitado á Castilla durante el reinado de don Pedro el Cruel, habian hecho que los señores que contra él se rebelaron se valiesen de hombres de génio audaz, que vendian su vida á precio de oro, sin cuidarse de si don Pedro era el lejítimo rey, ó el bastardo Enrique de Trastamara. El drama se desenlazó en Montiel, en donde dos hermanos lucharon cuerpo á cuerpo, y el fratricida don Enrique triunfó, y fué rey de Castilla, y como rey le adularon los escritores de aquella época, y legaron á la posteridad el nombre de don Pedro como el de un monstruo de barbarie y ferocidad. Sus desmanes fueron mas hijos de la época en que vivió, de las terribles situaciones que tuvo que vencer, que de su carácter. Pacificada Castilla con su muerte, los hombres avezados al robo y á la matanza, no se sujetaron en muchas partes al yugo de Trastamara, sino que adoptando una vida errante, cautivaban á los pasajeros, les exijian por su rescate crecidas sumas, y algunas veces acometian los castillos menos fuertes, y se entregaban á todo género de excesos.

Una de estas bandas de facinerosos habia hecho prisionero á Enrique, hijo de la condesa Matilde, doncel de grandes esperanzas, y que hallábase aquel dia cazando con sus jentes en uno de sus bosques: la caza era entonces la ocupacion de los nobles, y un aprendizaje para la guerra, que era el estado normal de aquellos tiempos. En vano las jentes de Enrique y él mismo se habian defendido contra los bandidos; tuvieron que ceder; y el fiel Ansurez, aunque herido, fué el único que llegó al castillo á intimar la resolucion de los aventureros.

Todo el tiempo que el fiel Hernando estuvo ausente, Matilde lo pasó en hacer cálculos y proyectos que no podian realizarse, y en dirigir sus fervorosas oraciones al cielo pidiendo la libertad de su hijo.

Hernando volvió al fin triste, agobiado, sin haber podido obtener nada. La tarde en que volvió, la infeliz castellana anduvo errante por las alamedas del castillo, revolviendo mil ideas en su aflijida mente. Su fiel Hernando la seguia respetuosamente á lo lejos.

—Esta noche es preciso marchar, dijo Matilde volviéndose repentinamente á su escudero, que nada te detenga.

—Estoy dispuesto, respondió Hernando; pero necesitamos llevar mucho oro... y no lo tenemos.

—El corazon de una madre es un tesoro; mis lágrimas ablandarán al jefe de los aventureros.

Aquella misma noche salió del castillo la condesa Matilde acompañada del anciano Hernando, que en vano habia procurado disuadirla de su arrojada empresa haciéndola ver los grandes riesgos á que se esponia una dama jóven aun y hermosa, que iba á presentarse á una turba de aventureros de vida desenfrenada y licenciosa. Matilde era madre, habia perdido á su hijo único, y solo escuchó á su corazon.



## II.

Largo y penoso fué el camino, porque la continua movilidad en que vivían los aventureros les hacía estar tan pronto en un punto como en otro. Al fin, después de muchas investigaciones, logró descubrir su paradero.

Llevaba consigo sus pocas alhajas, resto de su pasada opulencia. Pero no tenía más que palabras, sollozos y lágrimas que llevar al jefe de los aventureros. ¿Como podría satisfacer su brutal avaricia? . . . Fatigada con tanta agitación, cesó de pensar en nada, y cesó aun de ver, porque sus ojos se habían oscurecido enteramente, cuando llegó á la habitación de los bandidos.

Grandes carcajadas y gritos vinieron á sacarla de su abatimiento; vióse rodeada de hombres de rostro tostado y facha insolente y dura. Estaba en medio de los aventureros. Cerca del sitio donde había hecho el encuentro de estos hombres, encuentro á la vez tan deseado por ella y tan fatal, se alzaba un gran castillo, cuyas ventanas aparecían iluminadas por las antorchas que alumbraban las habitaciones en el interior.

El corazón de la madre le dijo que su Enrique estaba seguramente allí. Interrogada por aquellos hombres, les pidió que la condujesen á la presencia de su jefe. Uno de ellos la respondió que el jefe había pasado la noche en beber, y que más necesidad tenía de dormir que de tiernas conversaciones con una dama. Esta explicación fué seguida de groseras chanzonetas, que traspasaban el corazón de la condesa tan acostumbrada al respeto y consideración de sus jentes.

Condujéronla á la presencia del jefe. La vista de este hombre no era para tranquilizarla. Era viejo, por toda su figura llevaba el sello de un carácter sórdido, y de una inteligencia astuta y feroz. A su alrededor se encontraban sus más queridos guerreros; algunos eran seres completamente innobles, brutos; otros descubrían aun restos de pasado orgullo, y de más noble carrera. Estaban medio ébrios, soñolientos, como que acababan de salir de un festín.

Se hallaban reunidos en una estensa y triste sala, cuyas paredes se hallarían completamente desnudas si un haz de armas en forma de trofeo no hubiese adornado uno de los rincones.

El jefe Juan Montiel, sentado delante de una mesa de encina esculpida, en donde había dados, y un enorme jarro de vino, alzó sobre la dama una insolente mirada, que la hizo cubrir el rostro de rubor. Con un tono grosero le preguntó lo que quería. Matilde nombró á Enrique.

—Traes oro?

La madre de Enrique bajó la cabeza, y guardó silencio.

—Traes oro? repitió el jefe.

Arrastrada por su corazón la noble madre, estendió las manos suplicantes á este hombre, que se echó á reír á carcajadas.

—Qué habeis hecho de Enrique? llevadme á su lado! dónde está? dónde está?

—Donde no le dé el sol, respondió el jefe con feroz alegría: te fastidiarías si te lleva-

se á donde está. Verdad es que ya pasará allí pocos días. Yo no guardo seres inútiles.

Matilde cayó postrada á los pies del bandido, anegada en llanto.

—Estás loca? chiquita! un hombre de barba gris no cede á palabras huecas y algunas gotas de agua.

Matilde se obstinaba, sin embargo, en guardar su desolante y humilde postura. La cólera, las burlas las injurias no pudieron hacérsela abandonar.

De repente, una idea caprichosa, extraordinaria, pasa por la cabeza del jefe de los aventureros.

—Eres afortunada al juego de dados? jugaremos.

—No podré jugar cuando la angustia llena mi corazón.

—Pero yo quiero que juegues. Sabes lo que jugaremos? la libertad ó la muerte de Enrique.

—No! no! exclamó la pobre madre levantándose espantada.

Juan Montiel arqueó sus encanecidas cejas. Jugarás, ó te hago traer ahora mismo aquí su cabeza.

Matilde se resignó con toda la energía de la desesperación.

El viejo jefe tomó los dados, y con un aire de descuido é indiferencia que hacía estremecer, los arrojó sobre la mesa, y sin hacer ni un movimiento para ver los puntos que marcaban. Todas las cabezas de los presentes se adelantaron, muchas voces gritaron á la vez: *diez*.

—A tí, mujer, dijo Juan Montiel con un tono impasible. Matilde estendió la mano para tomar los dados, pero sus ojos se anublaron, y su mano vagaba por la mesa sin cojer nada.

—Pues tu tienes buenos ojos, dijo el jefe con su feroz ironía. . . pero concluyamos pronto, que estoy cansado.

La infeliz madre cojió los dados. Su mano se quedó fría, inmóvil como el mármol cuando los tocó. Fué aun preciso que los acentos groseros y desapiadados de Montiel resonasen en sus oídos para que saliese de su funesta insensibilidad. Entonces, fuera de sí, ajitó los dados en su mano, y los dejó caer en la mesa. Después, silenciosa, pálida, con la vista fija, quedó con la mano inmóvil y suspendida sobre los dados. Esta vez el jefe alargó con curiosidad la cabeza para ver. . . Matilde no veía nada; el número *doce* resonó en su oído sin que comprendiese su sentido; Tampoco oyó las horribles imprecaciones del viejo Juan Montiel y de algunos otros bandidos.

Cuando Matilde, á quien había sostenido su viejo y fiel escudero Hernando, volvió á recobrar su inteligencia, se halló estrechando amorosamente en sus brazos á su querido Enrique, á quien desde entonces no permitía alejarse de su lado. Había padecido tanto durante su corto cautiverio! Nunca más en su vida volvió á jugar á los dados; la vista de uno de ellos bastaba para enajenar su razón y resonaron por muchos años en sus

oídos los fatales números *diez! doce!*

## III.

Cinco años después, alarmados varios señores con el saqueo de algunos castillos verificado por la banda del terrible Juan Montiel, reunieron doscientos peones y muchos caballeros, resueltos á esterminar esta formidable banda, que ya no se limitaba á cautivar á los pasajeros, sino que osaba venir á insultarlos bajo las almenas mismas de sus propios castillos. El conde Enrique se puso al frente de esta fuerza, y un día, después de haber derrotado en varios encuentros á los aventureros, haciendo ahorcar de los árboles á cuantos caían en sus manos, logró prender al fin á Juan Montiel, y haciéndolo conducir á su presencia, cuando este esperaba que iba á mandar colgarlo de un árbol como á sus demás compañeros:

—Me acuerdo, le dijo el conde Enrique, que hace cinco años érais un gran jugador de dados, aunque mi madre os ganó la partida.

—Si la hubiese perdido no estaría yo hoy en vuestro poder.

—Qué? hubierais arrojado á una madre desolada la cabeza ensangrentada de su hijo único?

—Yo cumplo siempre mi palabra en el juego y en el campo. Bien pudierais darme el desquite.

—Quereis que yo me ponga á jugar con un bandido delante de mis vasallos?

—No jugó un bandido con la condesa delante de los suyos?

—Sea, replicó el conde Enrique; pero no olvidéis que la Providencia protejió á la condesa, porque la cabeza de su hijo era la de un inocente.

—Y á mí me protegerá el diablo, contestó con desenfado Juan, porque soy un criminal.

## IV.

Echó el conde el primero los dados en medio de la atención de todos sus soldados, que contemplaban aquel extraño juego.

—El *tres!* exclamó el bandido dando una feroz expresión de alegría á sus ojos al ver lo bajo del punto. Triste quedó el conde. Meneó los dados Juan con aire confiado, arrojólos sobre la mesa, y miró anublándose sus ojos al ver el punto que le designó la suerte.

—El *dos!* gritó recobrando toda su energía el conde Enrique-Ballesteros, asañeado á ese hombre, y colgad de un árbol su cuerpo para escarmiento.

Dos minutos después había ya dejado de existir el terrible Juan Montiel.

El conde Enrique era también hombre que cumplía sus palabras en el juego y en el campo.



nuestra compañera. Dios ha criado los elementos de la pareja humana diversos, semejantes, para reunirlos y completarlos unos con otros. Ha hecho dos mitades de un mismo ser; uno sin otro no son sino fragmentos. Es necesario que se reúnan por el matrimonio para formar el todo armónico y alcanzar el goce completo de todas las facultades humanas.

En el papel que hace el amor en la obra de la generacion observamos la misma diversidad que atrae á los dos sexos, cimenta su union y engendra la vida.

El hombre es activo y provocador, la mujer pasiva y sometida; el uno ardiente, la otra no tanto; el primero ordena y triunfa, la segunda suplica y sucumbe. Pero en compensacion la mas delicada reina sobre el mas fuerte; este vende su proteccion al precio de la voluptuosidad y aquella adquiere el poder del fuerte entregándose á él.

El hombre moreno y veloso, seco y caliente, impetuoso y osado encuentra á la mujer blanca suave, húmeda y fresca, blanda y púdica. El uno debe dar, la otra está constituida para recibir. El uno posee un principio de sobreabundancia de fuerza, de generosidad, que tiende á difundirse; la otra aspira, por su debilidad, á recojer, á absorber la exuberante vitalidad del hombre para establecer el nivel, la igualdad armónica. De modo que el fin de la union amorosa, que es la procreacion de un nuevo ser, no puede alcanzarse sino por esta unificacion física y moral, por cuyo medio se igualan y se saturan recíprocamente los dos elementos de la pareja humana.

Ahora comprenderemos cómo se engendra el amor instintivamente por los contrastes que ofrecen dos seres de sexo diferente. Los contrastes explican muy bien esas simpatias espontáneas que á veces parecen extravagantes.

Cada cual busca en una persona de otro sexo las cualidades que le faltan. Estas cualidades nos agradan en una compañera y aspiramos á asimilarlos con ellas. Al hombre, seco, flaco, vivo, conviene una mujer húmeda, gorda, reposada; el hombre afeminado, blando, necesita una mujer viril, enérgica; una constitucion robusta se siente atraída por una delicada. En amor lo semejante rechaza lo semejante (1). Dos temperamentos semejantes, dos seres demasiado frios, ó demasiado ardientes se chocan á cada instante; y esta condicion de similitud en un matrimonio es causa de enemistad y aun de esterilidad. Empero, debe observarse que pasados ciertos límites los contrastes pierden su poder de atraccion. Y si no encontramos contrastes notables en cierto número de uniones conyugales, es porque el hombre civilizado no se deja guiar siempre por la naturaleza y los secretos instintos de la simpatia.

El amor se manifiesta con caracteres muy diferentes segun el sexo, el temperamento, el clima mismo.

En amor, el hombre busca mas bien la belleza física, la mujer la belleza moral. El amor del hombre es mas sensual, mas celoso, mas pasajero; el de la mujer mas afectuoso, mas confiado, mas fiel. El hombre exige el primer amor, la mujer el último.

Quien da mas es el que ama mas.

Antes de la union sexual el hombre es el

(1.) Esta es una de las grandes leyes de la naturaleza: los contrarios se atraen, los semejantes se repelen. Encuéntrase en física, en química, en historia natural, en fisiología, en medicina, en moral.

que ama mas vivamente, porque sacrifica mas; penas, tentativas, luchas, nada lo detiene.

Cuando se ha consumado el acto, la mujer á su vez, es quien ama mas y por mas tiempo. Entónces su amor es trabajo y sufrimiento: tiene que alimentar con su sangre al ser que debe la vida al hombre y que ella debe dar á luz entre crueles dolores y continuar prodigiándole cuidados incesantes.

De modo que la mujer pasa la parte activa de su vida en el amor. Madama de Staël dijo con razon: "El amor, que no es mas que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera en la vida de las mujeres." Amar mucho es toda la explicacion de la mujer. Ella ama desde que vive, desde que respira. La naturaleza parece no haberle dado mas que una necesidad, amar; una recompensa, amar.

Segun las facultades y el temperamento de los individuos toma el amor un caracter diferente. Es ingénuo y apasible en los corazones sencillos; heroico y religioso en las almas grandes; inquieto y sombrío en el hombre celoso; avasallador y tiránico en el orgulloso; sensual y grosero en el egoista; sentimental y romanezo en el poeta; lijero é inconstante en el voluptuoso. El hombre sanguíneo es todo fuego en el amor, pero este fuego dura poco; el nervioso es exaltado y revela su pasion con locuacidad; el bilioso, mas concentrado no lo descubre sino á medias.

El clima y las costumbres no dejan de tener influencia sobre las variadas formas del amor. La pasion se muestra ardorosa y cruel en España, voluptuosa y lasciva en Italia, viva y voluble en Francia, tierna y sentimental en Alemania, melancólica y reposada en Inglaterra, fria y brutal en Laponia.

Cuando el amor es verdadero y puro no se satisface completamente sino con el lazo indisoluble del matrimonio. El matrimonio es su fin natural.

En efecto, el amor no puede por sí solo, reducido á sus propias fuerzas, alcanzar el ideal con que sueña. ¿Qué pide? La union, la paz, la estabilidad. ¿Qué promete? El respeto al ser amado, una fidelidad eterna. Pues bien; solo, dura tanto como el humo que pasa; solo, no engendra mas que inquietudes y dolores; solo, tiende sin cesar á la profanacion. El matrimonio le da todas las ventajas que no puede poseer en sí; movable, lo fija; inquieto, lo calma; egoista, lo fuerza al desinterés; sensual, lo hace casto; opresor, lo hace respetuoso.

Se ha dicho que el matrimonio era la tumba del amor. Sí; esto es verdad relativamente á las delicias sensuales. La violencia de los sentidos se apacigua, el ardor de la necesidad física disminuye; pero, lo repetimos: ¿No es tambien el amor humano un sentimiento del alma? Necesita, pues, la comunicacion de alma con alma, la posesion espiritual del ser por el ser. El matrimonio, que liberta al hombre de la tirania de los sentidos deja al amor todo su poderio; y aun es su única emancipacion verdadera y real. En el matrimonio la pasion es menos vivaz; pero lo que pierde en frescura lo gana en madurez. La flor se marchita, pero las raices se profundizan y se multiplican los frutos.

Y qué? ¿Pensais no hallar amor en el matrimonio? Pues en uno bien unido, á cada instante, en todas las acciones está allí, allí respira, allí vive. Véole primeramente tratando de armonizar los pensamientos y de unir las

almas, haciendo esfuerzos para apurarlos y darles la perfeccion de las virtudes; y si á veces se adormece en medio de la feliz tranquilidad y dulces monotonias de la vida, es para despertar luego y avivarse en los tormentos y dolores comunes y en las congojas del alma cuando lucha con la enfermedad y la muerte. Allí está regenerándose cada vez que da nacimiento á un nuevo ser; allí está tambien concentrándose en los afectuosos cuidados de la educacion de la familia; allí está siempre sentado junto al hogar doméstico con sus remozamientos inesperados, sus benéficos desvanecimientos, sus ternezas y sus goces incesantemente variados.

Donde no lo encontrareis es en vuestros matrimonios por dinero, especulacion, ambicion, ó libertinaje. ¿Ni cómo podria prostituirse nunca presidiendo aquellas disparatadas asociaciones contrarias á la naturaleza y que violan las leyes santas del corazon?

(Continuará.)

### UNA CITA.

Gentil caballero  
De noble mirada,  
De capa y espada,  
Terciado sombrero  
Y espuela dorada,  
Alegre camina,  
A ver á su dama,  
Que Blanca se llama:  
Su padre domina  
La aldea, y es fama  
Que no hay otra hermosa  
Modesta cual ella;  
El ama á la bella,  
Cual ama á la rosa  
En blanda querella  
El viento ligero.  
Y Blanca lo adora;  
Su faz seductora,  
Matiz hechicero  
Rosado colora,  
Cuando entre los brazos  
La estrecha el doncel,  
Pues besos y abrazos  
De amor son los lazos.  
Don Luis Pimentel,  
Que á si se llamaba,  
En rauda barquilla  
Las ondas cruzaba.  
La luna que brilla  
Sus rayos lanzaba  
La brisa gemia,  
Y en una ventana  
Bella castellana  
Al cielo pedia  
La hora temprana,  
De ver al amado  
De su corazon.  
El llega embozado;  
Ligero, arrojado,  
Escala el balcon.  
Y abraza á la hermosa  
La mira y la besa,  
La llama su diosa;  
Ella pudorosa  
De amor se embelesa  
.....  
La aurora salia,  
Y un nóbile doncel  
Al sitio volvia,  
De el barco escondia  
Don Luis Pimentel.

ABEN XOAR.



## LA DESASEADA.

**B**IEN haría la mujer desaseada en borrarse de la lista de los vivos. La humanidad no solo no perdería nada con su ausencia, sino que le daría las gracias por aquella determinación. Y es que la humanidad á veces suele acertar en algo, y aquí acertaría poniendo en práctica aquel proverbio que dice: Mas vale solo que mal acompañado. Porque, creedlo: una mujer desaseada es una mala compañía.

Imaginaos una de esas personas, sea madura, sea jóven, pero mujer: imagináosla jóven, en esa edad en que la mujer se afana por brillar, en que se empeña en llamar la atención de los hombres, sea para atraerse alguno, sea para que la celebren. Y para mejor conocerla, entrad con nosotros en su santuario, es decir, en su recámara. Lo primero que herirá vuestros ojos, es el absoluto desórden que reina en aquella pieza. Las enaguas tiradas, ó puestas, en el suelo, ó cuando bien les vaya, en una silla.

Un botín sobre una silla. Un par de medias sobre el colchon. Los guantes, el abanico, el traje con que fué á paseo, á visita, ó al teatro, amontonados en un rincón, descosidos, deshinchados. Los adornos del tocador y las pomadas, con mas polvo que una plaza pública; de manera que cuando se peina, se unta en el cabello tanta pomada como tierra. Abramos su ropero. Allí, juntas, amalgamadas, se encuentran las enaguas con las camisas, los calzones con los guantes, los vestidos con las medias, todo arrugado, ajado, con cada costurón que asusta, formando un verdadero revoltillo; y de tal suerte, que para encontrar algo que necesita del momento, se ve precisada á vaciar el ropero; y lo vacía arrojando al suelo cuanto hay guardado, ó volviéndolo á meter á puñados, sin cuidarse de si arruga ó no la ropa, de si se rasga ó no al introducirla. Y si se examina despacio aquel traperío, se ven en él cosas que no son para dichas. Tales son la incuria, el abandono de aquella criatura.

Veamos su persona. Oh! su persona es una cosa que debe colocarse entre lo inconcebible.

Comencemos por el principio, es decir, por la cabeza.

Hacedme favor de clasificar ese peinado, si es que á ese breñal puede llamarse peinado. No hay en él nada que dé á conocer esa delicadeza con que una mujer, y sobre todo, una mujer jóven, maneja sus cabellos. Eso no es un peinado. Es un mogote de pelo, colocado sobre la cabeza, expuesto á caerse de ella al primer ventarrón. Si es el cabello natural está peor. Pelos volando por todas partes. Alguno lado de la trensa mas aplastado que el otro. El todo de aquella montera, mas inclinado hacia una parte que á otra. Y como para que se note mas el abandono y la falta de aseo, la exageración en la moda.

Ese peinado se parece á una gorra de tambor mayor en lo alto, en lo elevado; pero no en lo limpio. El lazo que lleva sobre el entrenzado, tiene grasa bastante para hacer un beefsteak, y hasta para hacer un roastbeef.

Si esa mujer se pinta, lo hará tan mal, que quedará como una de esas paredes en cuya superficie se ha escurrido el agua. Hasta parece enferma de lamparones.

Os doy un medio nuevo, y mirad que ya no

acufian medios; os doy un medio nuevo de gala, si me encontráis un algo de buen gusto en ese talle. Esas no son costuras. O si lo fueron, porque las hizo la modista, la desaseada las ha convertido en costurones. Porque cada vez que se le descose el vestido, y esto le pasa con frecuencia, pues al vestido le da cada tiron que lo rasga; cada vez que se le descose el vestido, ella, ella misma es quien... lo cose.

¿Veis ese plegon que lleva en la falda? Es que le pisaron el traje, y ella se prendió la rotura con un alfiler; pero como todo lo hace mal, en vez de prender labio con labio el rasgon, prendió el labio inferior en la mitad de la falda; de allí que vaya enseñando unas enaguas que no son para mostradas.

Si le veis los piés, volveis la cara para otro lado. Los tacones chuecos, el corte de los botines raspados, las medias... ¡Jesus mil veces!

Y las manos? Esas manos que, limpias, podrían servir de modelo, no dan gana de mirarlás. Las uñas forman á los dedos unos ribetes como de azabache; el cutis tiene un tinte sombrío, que anuncia la ninguna costumbre que tiene su dueña de manejar el agua.

Y los dientes? Es tal el desecido con que se los trata, que si fueran postizos, necesitaría estrenar dentadura cada semana.

En Dios y en conciencia: ¿Es soportable una mujer así? ¿Para qué sirve? ¿Para novia?

Pero, seriamente: ¿habrá cristiano que tenga estómago bastante para enamorarse de una que carece de los mas triviales conocimientos en el arte del aseo?

¿Habrá hombre que quiera llevar á su lado á una mujer que ha de convertir su casa en muladar?

Y luego, ¿será posible que una mujer desaseada pueda educar á sus hijas para ser amas de casa?

Hay mujeres, y cuidado que lo que vamos á decir no lo creemos una buena cualidad ni mucho menos: hay mujeres dadas al tocador, que solo piensan en adornarse, en ponerse bien; que á fuerza de amor propio son limpias, aunque ignoran lo que es ser hacendosas: mujeres que sirven para adornos de una sala. Ahora bien, éstas, con todo y sus nulidades morales é intelectuales, son preferibles á las desaseadas. Aquellas siquiera agradan á la vista, como agrada una muñeca; las desaseadas no pueden ser ni vistas, porque van tan mal forjadas, tan polvosas, que mas bien que mujeres parecen perchas ambulantes, en donde va colgado un traje.

¡Pobre hombre aquel que ha tenido la desgracia de casarse con uno de esos enemigos jurados de la limpieza! Ese infeliz ha de dormir sobre sabandijas; no ha de tener jamas completos los botones de la camisa; ha de llevar con puntos los calcetines, descosidos los calzoncillos; ha de comer mas moscas que manjares, y sobre unos manteles que serian indignos de un figon de barrio; ha de andar sobre montones de basura; se ha de sentar sobre capas de polvo; y... ha de desesperarse; de renegar, de maldecir la hora y minuto en que tuvo la desgracia de enamorarse de un mari-macho; ha de acabar por ir á buscar á otra parte el agrado, el aseo que le falta en su casa; y un hombre que pudo ser bueno, se convierte en un demonio para su consorte; y una mujer que pudo ser dichosa, se hace desgraciada por su propio desaseo.

Y qué remedio para esos males?

Pues, señor, no nos ocurre mas que uno, que como toda verdad, es trivial: la educación.

A las madres de familia toca manejarse de modo que hagan á sus hijas esclavas del aseo. Esta palabra esclavas, chocará; pero si alguna esclavitud es necesaria, para la mujer, es la de la limpieza.

Ahora, séamos francos. ¿Remediaremos algo con este sermoncito? Creemos que no.

Censuramos inútilmente. Predicamos en desierto.

RUY BLAS.



**D**OY principio á mi tarea literaria advirtiéndole, ante todo, á mis lectoras que las incorrecciones del Mosaico, de la semana anterior no han dependido de mí.

Porque en día de asistencia

O en día de diversion,

No todos tienen paciencia

De estar en su obligacion.

Seamos pues indulgentes con el cajista que suprimiendo los tres asteriscos dejó en hilacion un asunto serio con otro que no lo era, y con el corrector de pruebas cuyo cansancio y emociones, necesitaban un sueño reparador, ultimamente echemosle un velo á lo pasado y quedaremos en paz.

La paz, esa es la mágica palabra que debia estar escrita en caracteres de oro donde quiera que dirijieramos la vista y será mi tema por hoy para concluir mi artículo sobre matrimonios: no tengo tiempo que perder, porque me despidió ya, y hasta el 25 de Julio no vereis mi nombre en esta seccion. Os felicito porque ganais en el cambio.

Quiera el cielo que mi compañera sea mas afortunada que yo para no dar lugar á enojos.

Porque no hay suerte mas perra

Que la que toca al mortal,

Que algo escribe en esta tierra

Sea bien ó sea mal.

Vasta hacer un ejojio por insignificante que sea, para desprestijarse ante algunas personas, basta dejar de hacerlo, para acarrearle enemigos, aparte de que, si se escribe mal las costillas del escritor se convierten en madera, y la lengua de algunos lectores en zepillo, y si se escribe bien?

Tan solo se hace justicia

Cuando se escribe mejor.

Pero el de menos pericia,

Suele hasta leer con malicia

Y hacer malo lo mejor.

Y sucede con algunos criticones de oficio, lo que con cierto muchacho que habiendo encontrado á orillas de una fuente un cántaro muy torcido y defectuoso, tomó una piedra y lo hizo mil pedozos: cuando acudió su dueño que era nada menos que un labrador, de aquellos que no ven visiones, tomolo por el pescuezo diciéndole: ¿O me haces otro, ó te mato! lo malo se debe destruir contestó el muchacho! bien! ¿y puedes tu hacerlo mejor? ¿No!

Entonces debes morir

Porque no tiene perdon,

Quien destruye sin razon

Lo que no puede construir.



Bien es verdad que complacer á todos es un verdadero imposible, es como bailar sobre un cordón de jeve, donde hay un inminente peligro de caer, y donde en medio de multitud de aplausos, se escucha ó se adivina el malhadado pito, objeto á veces de muchos discordias, por eso repito lo que he dicho antes, ¡Procuraremos la paz y seremos mas dichosos, porque aunque la paz hace víctimas á la mitad de los habitantes del globo, es porque la otra mitad no la procura, ni la desea. Mas claro:

Los hombres han nacido unos para verdugos y otros para víctimas y voy á probarlo, verdugo es todo aquel cuya energía sea igual á su necesidad, víctima toda aquella que por debilidad, de carácter, por exceso de amor, por timidez, ó por prudencia, se sujeta á voluntad ajena advirtiendo que las condescendencias de la víctima, aumentan mas y mas las exigencias del verdugo.

Suelen hacerlo los padres severos y crueles con sus hijos, serlo los hermanos mayores, de los menores cuando estos se hallan huérfanos, lo son muchas veces los hijos desnaturalizados, que afligen á sus padres por disfrutar sus bienes ó por otras causas. Lo son casi siempre los amos ó patronos despóticos, con los criados, pequeños, sumisos, ó indefensos. Lo son por último todos los que teniendo dominio sobre otro abusan de él, por falta de talento, ó por maldicencia, pero para todas estas víctimas, hay un remedio seguro, este es el tiempo. El se encarga de emancipar á los hijos, de separar á los hermanos, de libertar los criados, y mudar las autoridades. Solo para las víctimas del séptimo sacramento no hay mas remedio, que la separación ó la muerte y estos son bastante violentos, para que se les considere como tal. El tiempo no solo no es favorable para estos, sino que por el contrario es tan adverso cuando falta la paz porque desvanece las ilusiones, minoran los atractivos, destruye los afectos, y convierte el hogar en un purgatorio por no decir en un infierno.

Mujeres hay que con sus caracteres violentos, con sus infinitas necesidades, ignorancia, ó malas inclinaciones, hacen de un hombre útil y de mérito, un ser despreciable y ridiculo. Pero en la generalidad, es la pobre mujer la llamada á sufrir toda clase de tormentos y contrariedades por que no la favorece ni la ley de la naturaleza.

¿Y costaba algo evitar los disgustos, esforzándose un poquito cada cual, en modificar su carácter en obsequio de la persona amada?

¿No bastaría para esto la reflexión, y cuando no la reflexión, siquiera la conveniencia? ¿Quien es la persona llamada á cuidar de la salud y de los intereses; sino aquella de á quien se esta ligado por toda la vida, y sin embargo, tanta es la ceguera, que el bien no se conoce hasta que se pierde.

Pero veo lectoras que en lugar de distraeros, con noticias, chistes, ó descripción de trajes, os estoy predicando como un misionero, tomad pues de ello lo que os parezca útil, y perdonad lo que sea desagradable. Y no por que me hallais oído tales teorías, me creais muy pasífica, soy bastante franca para confesar mis defectos, y no adquirirme una fama que no merezco. Ciertamente es que amo la paz sobre manera, pero la pierdo con mucha frecuencia, porque antes que á ella, amo la verdad, y la justicia.

Las mañanas lluviosas de invierno son ya un verdadero inconveniente, para que las personas aficionadas á madrugar, den sus agradables paseos, sea por los extremos de la población, ó por el mercado, lugar sumamente entretenido para unas personas, y detestable para otras. El modo de pensar es como las fisionomías, nunca se encuentran dos iguales.

Una señora de juicio, altercaba en mi pre-

sencia, sobre este asunto, con una señorita muy elegante, de aquellas que gastan un dinerito en vestirse, y á pesar de eso nunca se les vé ataviadas con gusto, ni con gracia.

La señorita se expresaba en los terminos que paso á referir, por cautivar mas á un caballero que la pretendia, y la observaba, pero á quien léjos de alucinar con sus rasgos de susceptibilidad, desilusionaba con su exageración

Le aseguro á U. decía, que mis cinco sentidos padecen extraordinariamente en la tal plaza del mercado, es un lugar infernal.

Apenas por mi desgracia  
Paso el dintel de una puerta.  
Cuando ofrecense á mi vista  
Tres chinos, ó cuatro negras.  
Con asquerosos mandiles  
O con canastas graciantas.  
Ya penetro y son los gritos  
Y la algazara tremenda,  
Uno pregona ¡botones!  
Otro ¡se acaba la quema,!  
Un muchacho, ¡coco á real!  
Un viejo, aquí hay blondas buenas,  
Mas allá ¡quien compra el hilo  
Doy á dos reales docenas,  
Y ¡bufanditas á sol!  
Y ¡corbatas á peseta!  
Y tantas y tantas cosas  
Que los oídos enferman.  
Huelo la carne, ó pescado.  
Y la vilis se me altera,  
Produciendome hasta naucias  
El probar una ciruela,  
Porque es la fruta en ayunas  
Contra mi naturaleza.  
Y luego, ese suelo inmundito  
Donde los piés se me pegan.  
O la impresión que recibo  
Tentando una cinta negra,  
Que creo de terciopelo  
Y es una pana perversa,  
Propia para los vestidos  
De jente de baja esfera.  
¡Vamos es lo mas terrible!  
Es una atroz penitencia,!  
¡Que vista, oído, y olfato,  
Y hasta gusto y tacto afectan!

El novio experimentaba cierto disgusto secreto, porque era un joven juicioso, pero no rico, y pesaba en la balanza de su juicio, las aspiraciones de ella, y sus propias facultades, entre estas habia tal desproporción, que no encontraba manera de equilibrarlas.

La señora en defensa de su favorito paseo le dijo: Hija mia, te aseguro  
Que á mi nada me molesta,  
Pues no me fijo paseando  
En los chinos, ni en las negras.  
Ni voy por donde pregonan  
Ni á mi los piés se me pegan.  
Pues ando por los portales  
Donde estan las mistureras.  
Escojo la mejor fruta  
Sin dañarme una ciruela,  
Me entretengo viendo tantas  
Mercaderías diversas  
Y suelo á veces comprar  
Cosas baratas y buenas.  
La señorita dió un grito  
Cual si oyera una blasfemia,  
Y dijo que ¡quien compraba  
Esas ordinarias telas,  
De cuatro y seis reales vara  
Como para las placeras!  
¡Yo ni siquiera en la casa  
Usaria esa indecencia,  
Por que no soy miserable,  
Ridicula, cicatera,  
Ni á tan pobre he de llegar  
Que renuncie de la seda!

El infeliz jóven durante el discurso habia acabado de sujetar á la reflexión, sus senti-

mientos, habia tomado el partido de renunciar á ese cariño que mas tarde podia afectar su honra.

Al despedirse, su semblante revelaba una lucha interior, y dijo á la señora (estoy por las cosas que valen poco y lucen mucho, y por las personas que valgan mucho y luzcan poco; La señorita no es de mi opinión.

Con esta brusca salida  
Que era todo un rompimiento  
Tuvimos convulsión, gritos,  
Y necesidad de médico  
Este declaró que el mal  
Puramente era de nervios,  
Y mandó que la casaran  
Como remedio supremo.  
¡Pero como reanudar  
Este lazo ya desecho,?  
No valian reflexiones  
Para ablandar al sujeto,  
Se encontraba arrepentido  
Y decía muy resuelto,  
La chica es una lanzeta  
Que ni con dote la quiero,  
Mi capital es muy corto  
Y con mil fatigas hecho,  
Así lo que gota á gota  
Fuí en un dedal recojiendo.  
Por cantaros botará ella  
Hasta que me deje seco.  
Señora cuando los gastos  
No se moderan en tiempo,  
Ellos se moderan solos,  
Y á eso es á lo que le temo.

He ahí el resultado, de hablar palabras de mas.

El sábado de la semana pasada como á las diez de la noche, retirabame de casa de mi conuñada, en donde con mucha justicia, se lloraba la muerte de una sobrina política mia criatura llena de bellas cualidades, y á quien yo amaba, mas por sus virtudes que por los vínculos del parentesco.

Poseída pues de las tristes emociones que habia sufrido en la noche, seguia mi camino sin reparar en nada, cuando una de las niñas con quien iba, me detuvo en la puerta de una casa para dar lugar á que pasara el cortejo fúnebre de mi mencionada parienta, este encuentro inesperado acabó de transtornarme, y entregada á tristes pensamientos no me habia fijado en dos mujeres tapadas que se hallaban al lado opuesto de la puerta, estas se ocupaban de algun asunto serio, porque sin cuidarse de nosotras, ni de los que pasaban, seguian una conversacion animada, mezclandose en ella amenazas y lágrimas.

Era una jóven, y una señora que por el tono con que hablaba, se conocia que tenia jurisdicción sobre la niña.

Es demas decir la calle, en que esto sucedió ni las señas de esas personas, pues los secretos deben respetarse, mas cuando son tomados por asaltos.

Los sufrimientos de las niñas, suelen despertar una simpatía secreta, principalmente, cuando sus lágrimas vienen de alguna prohibición. Mi hija como muchacha habia oído la conversacion con interes. La señora decía, "tengo intención de estar andando las calles hasta media noche, á fin de no encontrarlo en casa, no quiero que te vea mas!"

¡Pues yo tengo miedo de andar sola con V. por estas calles donde á nadie conocemos, y á tales horas!

¿Y no tienes mas miedo de casarte con un mason?

¿Y crees que yo lo pueda permitir? te engaños mañana mismo lo despido de casa."

El lector juzgará de esto, lo que le plazca.

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

EMPRESA TIPOGRAFICA'

Calle de Camaná, antes Ayacucho, Ns. 128 y 130.